

INTRODUCCIÓN

26 de febrero de 1757. El infante Felipe de Parma ha nombrado a Auguste de Keralio subpreceptor¹ de su único hijo varón Fernando, de seis años. Le ha llegado la hora, como a todos los príncipes de su edad, de pasar de las faldas de su aya (gobernanta) a las del ayo. Del mundo de la infancia al de los adultos. La severa marquesa González, que le había enseñado los rudimentos de la vida, pasa entonces el testigo al señor de Keralio, cuya tarea es hacer de él un hombre cabal, un monarca moderno. Convertirse “en hombre”,² como se decía entonces, era objeto de un ritual. La gobernanta y las mujeres de su ser-

1. El mismo día fue nombrado preceptor el marqués Bergonzi, título puramente honorífico que dejaba a Keralio el ejercicio exclusivo de la tarea encomendada.

2. Luisa Isabel a la condesa de Toulouse, el 10 de junio de 1757: «Anteayer se cumplieron tres meses de la incorporación de mi hijo al mundo de los hombres». Archivos nacionales, Ms. 300 AP (III), 1, fº294.

vicio conducen al joven Príncipe a la estancia del Infante donde lo desnudan por completo. Así lo dejan durante algunos minutos, a la vista de la asamblea. Después el cirujano del Infante, delante de toda la facultad, examina exhaustivamente el cuerpo con las manos antes de declarar que está bien constituido. Cuando termina la ceremonia, la gobernanta y el resto de mujeres se retiran y el Príncipe es entregado a su mentor.³

Al ver por primera vez al muchachito, doblemente heredero de los Borbones (su madre, Luisa Isabel, es la hija mayor de Luis XV, y su padre, don Felipe, es el hijo del rey de España Felipe V), Keralio seguramente se fijó en su rostro de rasgos regulares, iluminado por una mirada dulce. ¡Dichoso presagio de una noble sumisión! Por su parte, el Infante que mira con insistencia al francés desconocido de cuarenta y dos años debió de encontrarle el mismo aire severo que a su antigua aya.

De ahora en adelante van a vivir uno al lado del otro, prácticamente día y noche, durante doce años. A esta pareja inicial se unirán des-

3. Ceremonia descrita por el embajador de Francia en Parma, en ocasión del paso a la edad adulta del hijo del propio Fernando. Ministerio de Asuntos Extranjeros, *Correspondance politique de Parme*, 41, 5 de diciembre de 1779, f^o 240v^o.

pués, al cabo de los años, otros hombres que se cuentan entre los individuos más brillantes de su generación: el prestigioso Condillac, cuya filosofía inspiró la *Enciclopedia*; los padres Jacquier y Le Seur, cuyos trabajos de física sentaban cátedra; el abad Millot, historiador, futuro académico, inscrito en la línea de Montesquieu y de Voltaire. Por no mencionar a Dutillot, el hombre de confianza del Infante, que soñaba en transformar el pequeño ducado adormecido bajo la férula de los sacerdotes en un oasis de luz donde prosperaran la cultura, las artes y la industria. Para conseguirlo atraerá hasta Parma a eruditos, artistas y artesanos de primera línea, como el arqueólogo Paolo Paciaudi, el filósofo y matemático Francesco Venini, el enciclopedista Alexandre Deleyre o el impresor Bodoni. Pero toda esta empresa sólo tiene sentido si el futuro príncipe es un hombre ilustrado a la altura de la empresa.

¿Acaso cobró conciencia Keralio en el momento del primer encuentro del alcance de su responsabilidad? En realidad nadie puede dudar aún de que el infante que toma bajo su responsabilidad se convertirá a la vez en el símbolo de una esperanza que trasciende con mucho las fronteras de Parma y en una apuesta crucial para la filosofía ilustrada. ¿Acaso este infante educa-

do e instruido por hombres consagrados a desarrollar su inteligencia y su moral dará la razón a Condillac y a Holbach quienes pensaban que al nacer el espíritu humano no es más que una “tabla rasa”? ¿Confirmará la audaz tesis de Helvetius según la cual todos los hombres, que son iguales por naturaleza, están en condiciones de descubrir verdades y virtudes? Y, en resumen, ¿acabará dando la razón a Leibniz, que se complacía en bromear diciendo que la educación lo puede todo, incluso lograr que los osos bailen? En el laboratorio pedagógico que es la ciudad de Parma del siglo XVIII, el pequeño Fernando carga en sus frágiles espaldas las esperanzas de la nueva filosofía y de todos los progresistas hasta el momento.

¿Bailará el oso? ¿Y si es así, lo hará al ritmo deseado por sus maestros?

CAPÍTULO I

LOS PRIMEROS AÑOS

ANTES DE LA LLEGADA DEL PRECEPTOR
(1751-1756)

Si el niño es el padre del hombre ¿cómo es posible conocer las primeras impresiones, los vínculos, las frustraciones y las penas de aquel tiempo del que se pierde la memoria?

En una autobiografía⁴ escrita a los diecinueve años, Fernando condensó algunas informaciones y las migajas de recuerdos que todavía le

4. *Storia della sua vita incominciata addi 13 gennaio 1770*. Biblioteca Palatina de Parma, Ms. Pal. 464. En adelante lo llamaremos «*Autobiografía*». Debemos agradecer a Alexis Vincent que haya traducido este manuscrito que fue publicado íntegramente por primera vez en el año 2000 por Giuseppe Bertini, *Appartamento del duca Ferdinando a Colorno dipinto da Antonio Bresciani*, TLC editrice, pp. 92-98.

quedaban de aquella época. Nacido en Parma el 20 de enero de 1751, fue el fruto del reencuentro entre su padre y su madre tras seis años y medio de separación a causa de la guerra de Sucesión de Austria. Como era costumbre, fue confiado de inmediato a la lactancia de las nodrizas y a una segunda aya que cuidaba de él, la condesa Marazzani, que rendía cuentas a la marquesa González, la temible aya mencionada. De los seis primeros años recuerda, como cualquiera, muy pocas cosas, aunque a menudo son esenciales: los juegos y las peleas con su hermanita Louise, once meses menor que él, la compañía de la Guardia de Corps, la llegada de un jesuita francés, el padre Thomas Fumeron,⁵ encargado de su instrucción religiosa y de enseñarle a leer, en ocasión de su cuarto cumpleaños. Si bien aprender a leer resultó laborioso, enseñada le gustó la historia de los santos, las imágenes piadosas y las reliquias. «Me acuerdo» dice «cuánta fe tenía de pequeño».⁶ No es azaroso que los dos recuerdos destacables que conserva de aquella época sean asimilados de un modo u otro a dos milagros. El Infante cuenta

5. El rey de España había presionado con todas sus fuerzas para que los infantes escogieran a un jesuita antes que a cualquier otro.

6. *Autobiografía*, fº 3.

que una vez que el padre Fumeron le había dado una imagen de San Luis Gonzaga, él la besó y se encomendó intensamente al padre para aprender a leer y «aquel mismo día empecé a leer correctamente». Cuando era un poco mayor, mientras comía caramelos, se tragó uno entero que se le atragantó y le produjo un dolor horrible. «Corrí a pedirle a la gobernanta Marazzani una determinada reliquia y tan pronto como la tuve en mi mano y me la llevé a la garganta el dolor cesó inmediatamente».⁷ Estos recuerdos fundacionales, que muestran «cuán grande fue la divina misericordia» con él, predominan sobre el resto de recuerdos. De sus padres no se habla apenas, salvo por la mención de un viaje de su madre a Francia del que olvidó el año de partida y de regreso. Tampoco hay una sola palabra de su hermana mayor Isabel, que cuidaba de él en ausencia de su madre.

Sin embargo el círculo familiar nos proporciona informaciones preciosas sobre la historia de su tierna infancia. Sus relaciones episódicas y a veces distanciadas con sus padres seguramente dejaron alguna huella. Incluso si la costumbre alejaba al padre del pequeño infante, la persona-

7. *Autobiografía*, fº 3.

lidad del príncipe reinante no dejaba de tener consecuencias en el hijo. Aunque haya sido objeto de retratos contrastados, los historiadores coinciden en diversos puntos. Don Felipe es en primer lugar el hijo amado de su madre, la poderosa y dominante Isabel Farnese. Ella impuso su ley tanto a su hijo como a su marido, el débil, libidinoso y lúgubre Felipe V.⁸ Ella fue quien empujó a su hijo a involucrarse en la guerra de Sucesión de Austria (de la que en verdad acabaría siendo un mero espectador) para recuperar el ducado de Parma que pertenecía a los Farnese. Infante extremadamente sumiso, intentó, para bien o para mal, satisfacer los deseos de poder y gloria de su madre, incluso aunque no fueran los suyos. No era un individuo en absoluto devorado por la *hybris*, aunque ello se debiera más a la cobardía que al epicureísmo. Sin embargo, según el embajador de Francia en Madrid en el año 1738, el joven,⁹ que debía casarse con Luisa Isabel al cabo de un año a lo sumo, tenía todo lo necesario para gustar: «No se percibe en él nin-

8. Antiguo duque de Anjou (1683-1746). Éste fue el primer Borbón que reinó en España.

9. El infante don Felipe (1720-1765) tenía entonces dieciocho años. Se casó con Luisa Isabel (1727-1759) el 26 de agosto de 1739.

guna falta de principios ni de educación. Es dulce, educado, afable; tiene un buen corazón, un carácter amable... le gusta mucho la lectura. Se ha aplicado con empeño en todos sus estudios con gran éxito, particularmente en las matemáticas, en lo relativo a las fortificaciones y en todo lo relacionado con la marina... Además del español, conoce el latín, el francés, el italiano e incluso el inglés. Tiene un rostro encantador, su fisonomía es interesante, su humor es invariable y muy alegre... Sería deseable que diera menos importancia a su aspecto y compostura».¹⁰

En muchos aspectos Fernando se parecerá a él. Convertido en duque de Parma, de Piacenza y de Gustalla,¹¹ este príncipe que ama con locu-

10. Archivos del Ministerio de Asuntos Extranjeros, *Correspondencia política, España*, vol. 431, f^o 458 v^o, 459 r^o. El autor de estas líneas, el señor de Champeaux, no tenía ningún motivo para embellecer el retrato. Al contrario, puesto que el matrimonio no se había cerrado aún, tenía el deber de ser fiel a la verdad. Al leer las descripciones nada complacientes que hace de los otros miembros de la familia, nos inclinamos más bien a darle crédito. Tanto más por cuanto veintidós años más tarde, el representante de María Teresa de Austria, el conde Firmian, que tenía la obligación de decir la verdad, traza un retrato casi idéntico del personaje. Cf. O. Masnovi, «La Corte di Don Filippo di Borbone nelle “relazioni segrete” di due ministri di M. Teresa», *Archivio storico per le provincie parmense*, 194, serie II, XIV, pp. 199-203.

11. Merced al tratado de Aix-la-Chapelle firmado el 18 de noviembre de 1748 que ponía fin a la guerra de Sucesión de Austria.

ra las artes y la caza consagra más horas a sus placeres que al gobierno de sus Estados. Naturalmente, se pone en manos de la inteligencia política de su mujer, que se parece de un modo inquietante a su madre en lo que a ambición y autoridad se refiere. Luisa Isabel es la verdadera cabeza de familia. Por más que durante nueve años disimulara su despecho en Madrid, aprendió de su suegra a dominar a los hombres y en particular a su cónyuge. Como Isabel Farnese, sueña con ver a sus hijos sentados en los tronos de Europa y sufre por la condición mediocre de su marido y la suya propia. Es una mujer inteligente y enérgica, la hija favorita de Luis XV, que le transmitió una parte de su virilidad. Durante la tierna infancia de Fernando, y hasta su muerte, en diciembre de 1759, no piensa en otra cosa que en encontrar dinero para enriquecer sus miserables ducados, y en negociar los futuros matrimonios de su proge. Para alcanzar sus fines es preciso hacerle la corte a su padre que es incapaz de negarle nada. Ello significa dejar Parma para instalarse en Versalles en dos ocasiones, cuando Fernando es aún muy pequeño: una primera vez, desde agosto de 1752 hasta octubre de 1753, en un momento esencial del desarrollo de su hijo; una segunda vez desde septiembre de 1757 hasta su

muerte a causa de la viruela, en diciembre de 1759. En total el Infante convive unos tres o cuatro años con su madre, una suerte de meteoro que aparece y desaparece. Sin embargo, Luisa Isabel lo quiere con ternura, como atestiguan las cartas escritas desde Versalles en su último viaje: «Siempre serás un gatito» le decía a menudo «y por ello todo el mundo te querrá como te quiere también esta minina con todo su corazón».¹²

A pesar de ser creyente y practicante acérrima, la duquesa de Parma no es la beata que se ha descrito en ocasiones.¹³ Como se verá en lo que sigue, esta mujer pragmática y sensata distingue perfectamente la política de la religión, la razón de la fe, la devoción de la beatería. Además, desconfía de los jesuitas y de los sacerdotes italianos. Ello la inclinó a escoger a individuos laicos antes que a religiosos para educar a su hijo, contrariamente a las costumbres.

12. 12 de septiembre de 1757. Museo de la Orden constantina de San Jorge, Parma, dossier 8/2.

13. Véase, por ejemplo, la memoria de G. Pecis, *Notizia di Keralio*, 17 de marzo de 1768. Biblioteca Ambrosiana, Milán, Ms. H 153, f^o 434 v^o.

En ausencia de sus padres,¹⁴ el entorno del pequeño Fernando se limita a sus dos hermanas. Isabel, su hermana mayor que le lleva nueve años, es una persona excepcional. Nacida en España cuando su madre todavía no había cumplido los quince años, y educada en una relativa soledad, desarrolló una inteligencia y una madurez fuera de lo común. Todo su afecto lo volcó en su hermano pequeño. Desde el nacimiento del niño hasta que ella partió a Austria en 1760,¹⁵ cuidó de él como si fuera su hijo. Es ella quien, con once años y en ausencia de su madre, informa sobre el sueño, los dientes y el crecimiento del lactante a su padre. Según un testimonio, «la ternura de la infanta Isabel hacia su hermano es realmente increíble».¹⁶ Posiblemente el Infante recibió más amor y atención de ella que de nadie. La pena que le produjo la partida de su hermana para reunirse

14. Aunque don Felipe abandona raramente sus ducados, pasa mucho tiempo en sus tierras de Colorno donde caza mientras sus hijos están en Parma.

15. Su matrimonio con José II se celebró el 6 de octubre de 1760 en Viena.

16. Carta de Firmian a Kaunitz, 3 de marzo de 1760, publicada por O. Masnovo, «La Corte di Don Filippo di Borbone nelle “relazioni segrete” di due ministri di M. Teresa», *Archivio storico per le provincie parmense*, 194, serie II, XIV, p. 198.

con su futuro marido, el archiduque José, nos da una idea de la reciprocidad de aquella «increíble ternura». Nada que ver con lo que ocurre con la pequeña Luisa, de la que es casi gemelo. Criados por separado, cada uno provisto de «su casa», no hay entre ellos más que el afecto y las riñas habituales. La futura reina de España no es precisamente dulce, y a diferencia de su hermano está muy convencida de su rango y de su situación. Lo atestigua esta anécdota relatada por Pezzana: «Tan pronto como la princesa supo que su matrimonio con el heredero del trono de España estaba firmado, exigió que se le rindieran todos los honores que correspondían a su nuevo título. María Luisa Teresa sólo tenía doce años. Un día que el príncipe de Parma, su hermano, le tomaba el pelo a propósito de lo que él llamaba sus ridículas pretensiones, ella le contestó encolerizada: “Ya os enseñaré a tratarme con el debido respeto; pues finalmente yo seré reina de España y vos no seréis más que el pequeño duque de Parma.” “En ese caso”, contestó el Infante, “el pequeño duque de Parma tendrá el honor de dar un cachete a la reina de España”» Dicho y hecho... Por lo demás, se sabe que esta Luisita acabó tiranizando con su mano dura tanto a su futuro marido como a su futuro país.

Fernando no se parece a ella. No muestra ningún orgullo con respecto a su condición y siempre preferirá la compañía de su guardas o de los campesinos a la de los nobles. A los cinco años es, según su madre, un muchachito que se parece a su tía Adelaida pero «en más guapo». «No es travieso» dice, «como la mayoría de muchachos y se puede conseguir de él casi todo lo que se quiere con un poco de dulzura y sobre todo de razonamiento».¹⁷ No cabe duda de que es encantador y tiene buena voluntad. Un año después de su llegada a Parma, el padre Fumeron se declara «encantado» con él. «Conoce de maravilla [¡ya!] el catecismo, la Biblia y buena parte de la gramática».¹⁸ Es extraño pero Fernando no conserva ningún recuerdo de este niño. Se describe a sí mismo como poco dotado, «muy colérico e impaciente» aunque se esforzara «en corregirse con la ayuda de Dios».¹⁹ Ciertamente su piadosa madre y el jesuita no podían menos que felicitarse por la fe del Infante

17. Luisa Isabel a la condesa de Toulouse, 7 de febrero de 1756. Ms. citado, f° 277.

18. Luisa Isabel a la condesa de Toulouse, 7 de febrero de 1756. Ms. citado, f° 278. El padre Fumeron había llegado a Parma el 4 de enero de 1755.

19. *Autobiografía*, ms. citado, f° 3.

y por su atracción hacia los santos y los religiosos. Fumeron había conseguido su objetivo. Agudo psicólogo, como ocurre a menudo con los miembros de su orden, posiblemente había dado con la manera adecuada de conmover el corazón de su alumno.